

Sección de notas

EL PENSAMIENTO DE JULIAN MARIAS

El primer libro que se edita en España sobre el pensamiento de Julián Marías es una tesis doctoral de Juan Soler Planas, sacerdote, nacido en 1933, estudiante en Valencia y después en la Gregoriana de Roma. Soler ha escrito un libro ameno, serenamente objetivo, entusiasta, no exento de adhesión, de algunas dudas y de reflexiones críticas. Las notas a pie de página son las imprescindibles. La formación escolástica del autor, muy bien asimilada, asoma sin interponerse, como si estuviera pensada y digerida y no necesitara de ninguna aparición intempestiva o pedante. Es, además, en el mejor sentido de la palabra, un libro ingenuo. Se adivina que no está escrito para contentar a nadie ni para reforzar los argumentos de ningún partidismo. Al autor le gusta la filosofía por la filosofía, la verdad por la verdad. Y parece que ese sigue siendo el temple de los aventureros que se lanzan a la investigación ignorando el resultado, pero a quienes la pena del esfuerzo les resulta carga ligera a cambio de traerse a la costa algún pez de buenas escamas. Lo que Soler se trae desde Mallorca, donde ahora vive, es una exposición viva del pensamiento de Marías. *Exponer* a un filósofo tan poco expositivo, tan irreductible a las fórmulas de manual y de temple literario tan alto, no era de las empresas más fáciles.

Pero en los seminarios, cuando se aprovecha el tiempo, se aprende el arte de la vida ascética. Marías ha escrito y escribe, aparte los temas de estricta y declarada filosofía, sobre cine, política, viajes, cuestiones sociales, literatura, problemas antropológicos e historia de España. Retrata paisajes de la India y de Venecia, enseña en los Estados Unidos, dicta cursos en Madrid, aparece en *La Gaceta Ilustrada* y en *La Vanguardia* a título de colaborador habitual. Cualquiera estudiante recién graduado, puesto frente a tamaño volumen de papel, naufraga o a lo más compone a duras penas algo remotamente parecido a un libro. Soler no se ahoga en su tarjetero ni remienda sus fichas para la imprenta. Escoge lo más importante. Se ciñe sobriamente al tema. El resultado sorprende por la madurez que re-

vela como escritor y por el servicio que nos hace al condensar dramáticamente un pensamiento inexprresable en la terminología tradicional.

Tengo la sospecha de que el acierto se debe, descontado el talento del autor, a varias buenas razones. La primera: a que Soler le ha sido humildemente fiel a su circunstancia eclesial y española. En los seminarios, antes del Concilio, la obra de Marías inspiraba el mínimo imprescindible de irritación que todo innovador despierta irremediabilmente en las escuelas. Acostumbrados los profesores a moverse entre sustancias y accidentes, yo y no yo, ser como género y ser como trascendental; asociada la voz «método» a la estufa cartesiana y la vida al *élan* de Bergson o a los irracionalismos finiseculares; darle paso a otra filosofía que asciende por una ladera distinta de la cuesta, ni es demasiado fácil ni parece prudente a los que son demasiado prudentes.

Los profesores de Soler se dividirían en bandos. Algunos, fieles a la distinción tradicional entre el ser lógico, el ontológico y el real, calificarían de más o menos idealista una doctrina que se les escaparía de puro clara y novelable. Las narraciones se entienden sin necesidad de comentario, son inteligibles sin son fieles a sí mismas, pero se resisten a los discursos en que predomina el tradicionalmente prestigioso logos predicativo. Los más avanzados, lectores probables de Heidegger y de Marcel, conociendo el tratado de Maritain sobre la existencia, mirarían con benevolencia, con interés y hasta con simpatía, un pensamiento «existencialista».

Lo que suelen hacer los discípulos ante las discrepancias de los maestros, sobre todo si se discrepa en materias de actualidad, es irse a la biblioteca, engullir los originales e ir haciéndose el criterio propio pesando las opiniones contrarias con particular fruición. Si a eso se suma que el mal humor con Ortega subió de punto en los años cincuenta, se escribieron libros declarándolo heterodoxo, Marías salió al paso y se animaron las aulas con el brillo de las lanzas, se entiende mejor el aire de lozanía que se desprende de esta tesis. Por aquellas fechas se dijo que algunos de los contradictores de Ortega pretendían que en Roma se condenaran sus obras. Lo cierto es que hubo algunos que argumentaron con serenidad y de buena fe mientras que otros lo hicieron a puro insulto. Todos ignoraban que uno de los oyentes contribuiría, gracias a la escaramuza, a lo mejor de la bibliografía sobre la obra de Marías.

Pasado el Concilio, los ánimos calmados, se inicia un rechazo a Santo Tomás como el ocurrido en el XVIII. Soler se encuentra con que Marías ya no es visto como heterodoxo; pero como declara con

frecuencia su adhesión a Ortega, se le empieza a ver como puro epígono, como discípulo que divulga la obra del maestro. De ahí la necesidad de esclarecer ese punto. ¿Es cierto que las casi tres docenas de libros de Marías son reductibles a la obra de Ortega? ¿Es cierto que quien siempre ha pensado en términos de Santo Tomás no puede incorporarse los dogmas de un filósofo que escribe en español, aborda todos los temas de nuestro tiempo y no se contenta con recetas hechas porque vive plena y absolutamente convencido de que no estamos en el siglo XIII ni en el XIX? Quizá no sea cómodo que nos recuerden que la filosofía no está hecha ni dada. No es cómodo, pero es verdad.

Planteado así el problema, sin ánimo de polemizar, Soler descubrió el esqueleto de su libro. Y hasta una cuestión rigurosamente filosófica: la del discipulado o filiación intelectual. Si se lee con atención la *Historia de la Filosofía* de Marías, se advierte la gimnasia intelectual, la trabazón sistemática de las ideas, la claridad y la concisión que maravillan al estudiante; pero a la segunda o a la tercera lectura se comprende lo que todavía es más importante: que la historia de la filosofía existe; que unos filósofos vienen de otros; que muchas veces las controversias ocultan distintas perspectivas que podrían complementarse. Y no se trata de llegar a un eclecticismo en que el rasero positivista nivelara todas las tendencias. Es algo más complejo; pero se ve a la mejor luz cómo ha ido creciendo la montaña.

Marías corría alegremente el riesgo de que lo *redujeran* a Ortega. No sólo porque se sentía obligado a reconocer su deuda al maestro: también porque al averiguar que la filosofía tenía historia y hasta biografía, lo más filosófico era incorporarse conscientemente a esa historia sin el prurito de la tienda aparte. Cuando Soler termina su tesis, todavía no está publicada la *Antropología Metafísica*, un libro donde la corporeidad ya no es vista como parte de la circunstancia desde la perspectiva del hombre —aunque conserve ese carácter en la teoría analítica de la vida humana. En la *Antropología* hay pensamiento rigurosamente original. Mejor dicho, la *Antropología* es pensamiento rigurosamente original. Pero en esta tesis doctoral se rastrean lúcidamente los antecedentes de ese libro, tanto en la *Idea de la Metafísica* como en varios ensayos de los cuales el más significativo ya se llama *La Estructura Empírica de la Vida Humana*.

En los capítulos intermedios Soler destaca lo más original de este pensamiento. Me ha gustado mucho cómo pone en evidencia la estructura credencial de la vida y la necesidad de hacer filosofía, sobre

todo en las épocas en que no se puede vivir de las creencias recibidas porque están socialmente fracturadas. Así llega a la necesidad del encuentro con una certidumbre radical que ordene y jerarquice las otras certidumbres para saber a qué atenerse.

Es igualmente afortunado el resumen que se hace del pensamiento social de Marías, donde se aprovechan al máximo las ideas de Ortega en *El Hombre y la Gente*, pero donde hay a la vez desarrollos originales. La forma en que Soler destaca lo que Marías llama las *fuerzas sociales*, tal vez sea lo que tiene un relieve más acusado. Es asombroso cómo podrían superarse fácilmente esquemas que ya no convencen a nadie, con sólo serle fiel a la realidad.

En las últimas páginas, Soler hace algo que no es nada frecuente: deja entrever sus dudas, no tiene inconveniente en declararse inseguro cuando se siente inseguro. Eso es tan poco habitual en los medios españoles, hispanoamericanos y franceses, que merece destacarse. Quizá las discusiones filosóficas sean estériles: pero el diálogo, si es verdaderamente diálogo, podría resultar hasta un género nuevo. Algo de eso insinúa Jean Guilton cuando declara que los personajes de Platón no *dialogan*. A Soler, acostumbrado a vivir en ciudades distintas, limpio de agresividad y de segundas intenciones, le parece que la filosofía debe casar certidumbre y humildad para volverse más acompasada y armoniosamente histórica. Por eso, concluida su faena de persuadir al público de la fecundidad y la importancia del pensamiento de Marías, también invita a Marías a que se reconozca en el tesoro de una tradición que no sólo se remonta a la fenomenología y a Ortega.—MARIO PARAJON (*General Moscardo*, 32, 1.º A, Madrid-20).

¿MONODIA O MONOLOGO?

I

En *Dinámica de la poesía* Juan Farraté escribe: «Lo propio de nuestro tiempo ... ()... acaso sea la sustitución del canto de la poesía por la voz natural del poeta, la afirmación de un nuevo sentido de la realidad para la expresión poética, distinto de la afectación de actitudes y tonos en que se obstinan aún tantos poetas actuales, especialmente allí donde pueden ellos confiar todavía en una resonancia social basada en la posición de voz pública que, por inercia o por mala